

Jesucristo y el pueblo hebreo

Vase inveterando en la entraña de muchos intelectuales de nuestros días una idea falsa, un concepto erróneo y extravagante sobre la persona de N. S. Jesucristo. Unos, los que estudian problemas sociales le tienen, sí, por un genio sobresaliente, un ser extraordinario que poseído de un corazón pleotérico de filantropía y amor al género humano, y sobre todo a los humildes y desheredados de fortuna, fué un vidente redentor social que dió atinadísimas soluciones al problema eterno de las desigualdades, un hombre extraordinariamente grande y elevado sobre el nivel de los demás, pero no un Dios; ni se recatan en hacerle aceptar el parangón con los Mars, Rousseau, Hobbes y hasta con los Tolstoi y Kropotkine, los teóricos virtuosos del anarquismo actual. Según otros, los que de religiones pretenden entender, Jesucristo como a sus tiempos respectivos Buda, Brahma, Moisés, Confucio, Zoroastro, Platón, Mahoma y Lutero, penetrado íntimamente de las exigencias viciosas de la sociedad de su tiempo, se siente capaz de reformarlas en bien del estable coexistir de los seres racionales, y para obtenerlo se vale como medio del sentimiento religioso del pueblo que explota para supeditar las creencias al equilibrio social, edificando sobre ruinas de religiones pasadas un sistema nuevo, mas acomodado a la presente situación, un sistema amalgamado de preceptos ritualistas y de ininteligibles dogmas, logrando oxigenar el pútrido ambiente de una sociedad carcomida por la molición, enervada por los vicios, hastiada de fruiciones, y ávida ya de todo lo que fuera orientaciones nuevas, luz, verdad, armonía y equilibrio.

Para unos y para otros, Jesucristo es digno de los mayores elogios, se le deben los más respetuosos acatamientos, es acreedor a la veneración profunda de sus sucesores, en nombre de la filosofía y del progreso de la Humanidad, es el primer representante de ella, pero nada más; no es un legado divino ni el Hijo de Dios, que como tal adoraron reverentes nuestros antepasados, pobres ilusos en el campo de las investigaciones y progreso de la ciencia.

Es, sin embargo, la divinidad de Jesucristo el punto cardinal, el verdadero quicio de nuestra Religión, y sin duda, por eso ha querido Dios que sea uno de los dogmas que tienen pruebas más concluyentes, argumentos más inconfutables. Pero dejando aparte ahora su demostración, más propia de las escuelas teológicas, vamos a ilustrar este dogma con la historia y vicisitudes providenciales del pueblo hebreo.

Hacia el año 2140 anterior a nuestra era cristiana (según la cronología de los asiriólogos alemanes, mas comunmente seguida hoy en contra de la de M. Maspero) (1), un caldeo riquísimo, poseedor de innumerables rebaños de ovejas, camellos y bueyes, el «Aburam» de los Textos cuneiformes, el Abraem de la Biblia, emigra de su ciudad *Uru Kasdim* en la fértil llanura del *Sin'ar*, a las orillas del Eufrates, sube hasta la nación aramea y pasando el río aquel y luego el Jordán (2) llega al cabo de muchos días de lenta peregrinación a plantar sus tiendas definitivamente en el valle del «Manre» en la Palestina. Allí compra a los *jitis* (3), los indige-

(1) Puede verse probada en la obra de nuestro profesor de hebreo y textos cuneiformes asirios, en el Instituto Bíblico orientalista de Roma, P. Deimel, «Chronologia V. T. monumentis assyrio-babilonicis illustrata», Roma, 1912.

(2) De este paso ó tránsito parece que recibe nombre de hebreo Abram y después su pueblo. En efecto, la voz hebrea *ibri* (ó *pe-etes*) en griego) significa el que pasa.

Es de advertir que así los llamaban los otros pueblos, pues ellos siempre se dicen hijos de Israel y su lengua no la llaman hebreo, sino lengua de Canaan «Sefat ken'an», Iss. 19, 18.

(3) Los «Jitis» del texto Moisés, llamados en la traducción latina *heteos*, y en los textos asirios «hatti», figuran a la llegada de Abram ocupando la Palestina, llamada tierra de detrás por los caldeos, á causa de estar al poniente, y por la Biblia tierra de detrás ó de Canaan. Al tiempo del Exodo figuran ya los Palesti ó filisteos, y los fenicios ocupando la costa.

nas de aquella región, un campo para enterramiento de su familia, y comienza la penetración pacífica de aquella tierra prometida que se le designa.

Los hijos de sus esclavas dan origen a pueblos como los Agarenos (1) Edomitas y Moabitas, mientras su descendencia principal, su hijo Jacob, que ha emigrado al Delta del Nilo, se procrea con tan prodigiosa fecundidad, que bien pronto surge un pueblo entero que crece y se desarrolla bajo la protección del vorito es José, el undécimo hijo de Jacob. Al fin de los Hiksos y al advenimiento de la nueva dinastía, la familia de Jacob, que á su llegada adquirió nacionalidad, tiene que emigrar á través del desierto, hasta Palestina, donde consigue asentarse, forma su lengua hebrea, mezcla de elementos semitas, caldeos

(1) No hay vestigios históricos del pueblo árabe constituido en nacionalidad antes del octavo ó noveno siglo a. C., en que aparecen en los anales cuneiformes jefes «arabi» tributarios de los asirios. Esto, sin embargo, no da motivo para negar su procedencia; á menos en parte, de Agar, esclava de Abram, y de Ismael, hijo de entrambos. Una mezcla de agarenos, moabitas, yectanidas, sabeos, etc., forman las tribus de beduinos («bedui», el hombre del desierto) árabes primitivos que unifica después la religión islámica de Mahoma.



LA VIRGEN DE LA SOLEDAD, de Tiziano.

AMOR

Muchas veces caminando por la senda de la vida me detuve tembloroso con el alma oscurecida por las nieblas que levantan las borrascas del dolor; y, perdido en el silencio de imponentes soledades, he admirado los destellos, he sentido las piedadades de una luz casta y divina que es la aurora del AMOR.

Fuego son, cuando ella nace, los abiertos horizontes de la tímida esperanza que en la cresta de los montes ha fijado los anhelos de su eterna juventud y son fuego redivivo las cenizas de otras glorias que, esfumadas con el tiempo, han dejado sus memorias en perenne sedimento de nostálgica quietud.

Al impulso de su aliento va la dulce Primavera derramando galanuras por la espléndida pradera de rizada superficie uniforme como el mar; se abre el cáliz de las flores esparciendo sus aromas y las brisas fatigadas se recuestan en las lomas musitando las cadencias de monótono cantar.

El AMOR es el que inspira los melódicos gorjeos á la alondra mañanera que en veloces aléteos se remonta hasta perderse entre nubes de carmín; por él son feraces campos los estériles rastros, azucenas las espinas, ricas mieles los enojos y las áridas estepas se convierten en jardín.

Es AMOR el sonsonete de los claros arroyuelos que, copiando en sus cristales la hermosura de los cielos, se deslizan perfumados con los besos de la flor; el AMOR revolotea con las albas mariposas y palpita en el ambiente de esas tardes bochornosas que calcinan la llanura con su fuego abrasador.

¿Quién, al ver en lontananza las delicias infantiles disipadas como sombras de fantásticos pensiles, las marchitas ilusiones no sintió resucitar y, al recuerdo siempre dulce de cariños maternales, no volvió á escuchar el eco de los tiernos madrigales que rimaban mansamente las dulzuras del hogar?

y cananeos, tiene su apogeo material hacia el octavo siglo, cuando el poderío de David y la sabiduría y riquezas de Salomón asombran á fenicios, cananeos y etíopes que solicitan su amistad. Pero bien pronto comienza su decadencia. Dos siglos después se fraccciona y cae en manos de sus enemigos los asirios y caldeos, que les hacen entonar elegiacas estrofas de desahucos de las orillas del Jordán, donde colgaron sus cítaras y nablíos al caminar hacia el destierro, empujados por los pomos de las espadas asirias de Sarrukín y de Nabucodonosor. Recobran, al fin, su libertad y su tierra, para volver á caer en las garras romanas que los exterminan para siempre. Tales son los destinos de un pueblo que fué grande cuando Dios quería, mientras no apartó el Jahve de los ejércitos su diestra de sobre la cabeza de los protegidos, que bien pronto se cansaron de ser fieles.

Raza misteriosa, que nace, crece, se desarrolla y muere siguiendo, al parecer, la ley común de los pueblos, que nos ha enseñado la filosofía de la historia, pero que en su nacimiento, en su desarrollo evolutivo y en su muerte lleva el sello de una singularísima providencia de Dios, que salta á la vista al recorrer las páginas de sus anales, al examinar los míseros restos que aun hoy día no han podido fundirse en ninguna nación, sino que llevan el sello del anatema fulminado contra un pueblo envilecido, el estigma in-

famante que no han podido borrar veinte siglos de mendigada hospitalidad entre los demás pueblos. (2) Raza cuya intervención teocrática aparece manifiesta en su religión y en los libros que para conservarla Dios les hizo escribir bajo su santo influjo é inspiración. A la verdad, basta echar una ojeada sobre una y otros, para conocer su alta procedencia: En un tiempo en que la primitiva idea religiosa revelaba á los progenitores del hombre, habiase corrompido hasta el punto de no encontrarse una sola sociedad con un culto racional, cuando los delirios de los egipcios adoradores de bueyes, animaluchos y hortalizas hacen reír al satírico Juvenal, cuando el pueblo más esteta y culto del mundo, el pueblo heleno, hace representar papeles ridículos á sus vengativas Junos y olímpicos Zeus ó Joves, á sus lúbricas Venus y lascivos Endimiones y Apolos, cuando las razas arias soñaban panteístas refundiciones de su ser en el de Brahma y establecían la imperiosa distinción de castas privilegiadas y castas parias, cuando los asirios, cananeos y fenicios ejercían groseras prácticas ante sus Baales, Astartes, Moloc y Melcartes cuando Medos y persas abrazan absurdos maniqueísmos de Zoroastro, cuando los naciotes romanos divinizaban la fuerza en el Dios Marte y la belleza en Vesta y tomaban prestados sus dioses á los pueblos conquistados, cuando entre los bárbaros de allende el Danubio y el Rin se practicaban cultos sabeístas y se veneraban druídicas divinidades de rocas y selvas, cuando los primitivos hispanos levantaban rústicos templos á Osiris y Hércules en las orillas del Tartesso y en las columnas de Gadir, entonces en un pueblo ejemplo único en el mundo, en el hebreo, circuido de naciones gentiles, se adoraba y se adoró durante veinte siglos al Dios único, creador y conservador de cielo y tierra, con un culto digno del creador y de la creatura, con un código de preceptos morales, base y fundamento de todos los códigos de las naciones civilizadas. Entonces, cuando el mundo vaga en tinieblas, cuando no existen siquiera Aristoteles, Sénecas ni Platones, cuando nadie sabe nada de los hondos problemas y misterios de la vida, aparece en ese pueblo un libro extraordinario, en el cual encuenra el hombre solucionado el porqué de su origen y de su fin, un libro causa y fomentador de la pureza de las costumbres patriarcales, un libro que comenzado á escribir hace tres mil cuatrocientos años, aun es nuevo y objeto de las controversias más acerbadadas de los sabios modernos, un libro que es la pesadilla constante de los Velhausen, Heckel y Harnak, de los cerebros racionalistas más talentados que no consiguen negarle su valor histórico y divino, un libro del que si prescindieren no dan un paso en sus investigaciones orientalistas, los modernos sabios, un libro que están confirmando á maravilla los descubrimientos de Asiria y Egipto (3) un libro enciclopedia cuya primera página es la historia de los primeros pasos del hombre sobre el planeta, y cuyos últimos renglones son un trasunto profético de lo que al extinguirse sucederá, un libro, en fin, cuyas todas páginas, líneas y letras están grabando en bronce los racionalistas y protestantes alemanes, temerosos de que no pueda la posteridad aprovecharse de sus tesoros.

Ahora bien; ¿puede concebirse siquiera que un pueblo tal sea producto de la casual agrupación de la descendencia de un pastor nómada que cambia de residencia que sin una singularísima protección y llamamiento de Dios, consiga llevar su nación á través de sus enemigos á la cumbre de todas las glorias mientras se mantiene fiel á sus creencias, y al abismo de la abyección más degradante cuando de ellos reniega? ¿puede creerse que un libro tal sea resultado natural de la cultura de un pueblo pastoril en contacto único con pueblos semibárbaros, al menos en lo que á filosofía y religión se refiere?

Pues en esos libros es tan general la idea de la venida de un Mesías ó Ungido (4) que todas y cada una de sus páginas evocan su recuerdo, todas sus partes están saturadas é impregnadas de la expectación del Libertador, como lo están consecuentemente todos los corazones de los circuncisos; aun hoy que forzosamente han desaparecido todas las probabilidades esperan resignados estos pobres ilusos en el Libertador de Israel, del que les han hablado además de los libros Santos, las paráfrasis de sus rabinos y los Targumim ó comentarios que escribieron las escuelas judías del tercero al sexto siglo de la era cristiana.

¿Tanto de selección y preparación étnica se necesitaba para regalar á la Humanidad un Dios-Hombre.

¡Cuán singulares son los designios de la divina Providencia! Viene efectivamente á la nación judía ese Mesías esperado y sólo el pueblo aquel, para quien el esperarlo constituía la razón de su existencia y la ilusión de su vida, es el pueblo que está privado de él, en castigo de sus postreros días de egoísta exclusivismo, de loca ambición que le cegó hasta el punto de no admitir por libertador sino á quien viniera revestido de lujoso fasto, al que ambicionara domeñar todo el orbe y prosternarlo á los pies del hebreo para que hollara á la humanidad con su planta. Jesucristo no fué el Mesías de los judíos, porque no venía solo para ellos, porque no era un tirano de la humanidad incircunsa.

Por eso fué un impostor á quien hoy hace diez y nueve siglos, tenían á estas horas sentenciado á muer-

(2) En las plazas españolas del norte de Africa hemos tenido ocasión de comprobar el odio inveterado del bereber hacia el hebreo que lleva conviviendo con él algunos siglos. La mayor injuria que puede hacerse á un moro es llamarlo judío ó confundirlo con él.

(3) Al célebre poema caldeo Del Diluvio, escrito en cuneiforme sobre ladrillos y encontrado por Jorge Smith en la Biblioteca de Assurbanipal, y que es an-Ja-am-mu-ra-pi (el Hamrapel de Moisés? 14, 1) y las cartas de Tell-el 'Amarna, y los documentos de Elefantina, que arrojan torrentes de luz sobre los relatos del Génesis.

(4) La palabra hebrea «Masiah», no mismo que la griega «Christos» y la latina «Christus», significa literalmente *ungido*, y en el sentido trópico el rey ó supremo Jerarca, ya que era costumbre entre los pueblos antiguos y principalmente en el hebreo el ungirlos con óleo al proclamarlos. La transcripción de nombres y palabras necesarias aquí donde las imprentas no tienen caracteres semitas ni griegos, es la empleada en las escuelas orientalistas, y las citas bíblicas están tomadas según los textos originales, no según la Vulgata, sin que esto signifique prejuzgar de modo alguno la versión auténtica de la Iglesia.

al mismo fundamento y principio de la potestad de perdonar los pecados que por derecho propio ejerció el Redentor, y es el atributo de la divina misericordia, la cual negada y rechazada por el malvado, inflige éste una injuria contra el Espíritu Santo, cuyos pecados, en expresión de Jesucristo, son irremisibles en este y en el otro siglo, y por ende hacen ineficaz la redención individual, por corromper y desvirtuar todo principio dispositivo para la infusión de la divina gracia (6). Y aunque la pasión de Cristo tuvo de sí eficacia sobreabundante para borrar el pecado de desesperación que cometió el discípulo apóstata cuando arrojó los dineros ante los príncipes protestando que había venido la sangre del Justo, no tuvo el efecto particular de redimir aquella alma prescisa por ser cosas que manifestamente se rechazan las que en este caso se juntaron. ¿Qué necesidad tenemos de exprimir y aguilatar más la malicia de Judas? ¿Para qué disputan los hombres si comulgó y añadió con eso el horrible sacrilegio de aposentar en el seno de sus entrañas el cuerpo sacratísimo de Jesús que acababa de sacramentarse bajo las especies de pan y vino? Pero ¿es posible que Cristo entregase su cuerpo a Judas después de haber enseñado a los Apóstoles y a todos los sacerdotes que no se debe dar lo santo a los perros, toda vez que a Jesús no se le ocultaban los criminales propósitos del traidor? Ciertamente el Salvador hubiese admitido a Judas a la participación de la Eucaristía, hubiera obrado justísimamente, porque, siendo su crimen oculto, la divina Bondad sufriría con amor este último desatado, a trueque de salvar la fama de su discípulo ante sus compañeros que, si bien sabían el crimen, ignoraban todavía quién fuese entre ellos el criminal. ¡Ejemplo sublime de caridad que jamás debe caer de nuestra memoria!

Pero, aun en el caso contrario no podía tacharse de menos recto el proceder de Cristo, porque siendo Dios tiene potestad de revelar en público los pecados más íntimos y secretos del corazón humano como aparece en la historia de Acán (7).

No se me oculta la gran variedad de opiniones que reina entre los doctores así antiguos como modernos.

Hoy, sin embargo, al decir de don Miguel Mir en «Historia de la Pasión de Jesucristo» (8), la opinión casi universal de los escriturarios (9) es de que Judas no nual Bíblico, de Vigouroux, quien, sin embargo, opina que Judas comulgó con los demás apóstoles. asistió a la Eucaristía que, como es sabido, celebró después de la cena legal, y cuando Judas, como nota San Juan había ya salido del cenáculo apenas hubo probado el bocadillo que su Maestro le ofreció, mojado en la salsa, como última prueba de su misericordia infinita.

Digamos, pues, para terminar ese mal pergeñado artículo que, aunque Judas no comulgó, la traición de vender a su divino Maestro por el vilísimo precio de treinta siclos de plata, equivalentes en nuestra moneda a cien pesetas, este sólo crimen de inaudita simonía, efecto de su avaricia desenfrenada, de sus odios desatados contra la divina Persona de quien había recibido tantas mercedes, y aun la gracia de obrar maravillas y estupendos milagros (10), fué suficiente y sobrada para atraer sobre sí todos los anatemas y maldiciones del cielo y de la tierra.

¡Traidor, no atormentes más nuestro espíritu con tus fatídicas sombras y siniestros fantasmas!

FR. SEBASTIAN SIMONET

PILATO

Entre los personajes que tomaron parte en la pasión de Cristo, ninguno más simpático y repulso por la veledad de su carácter y malicia reinada, que el célebre gobernador romano, tipo de jueces no muy sobrados de conciencia que claudican al soplo de una amenaza y pierden el sentido cuando en los pleitos anda de por medio el César, aunque sólo sea en busto y grabado en las monedas.

Convertida en provincia romana la etnarquia de Arquelao, comenzó a regirse por «presidentes» ó gobernadores subalternos del de Siria, quien se reservaba la alta inspección de los asuntos de la región judaica.

Fué el primero de estos presidentes «Coponio», amigo y colaborador de «Quirinio», en el empedronamiento de la nueva provincia, ordenado por Augusto; era «Poncio Pilato» el quinto de ellos, sucesor de «Valerio Grato», quien, durante sus once años de gobierno, conforó arbitrariamente el Sumo Sacerdocio á varios miembros de la familia de «Anás», dejando revestido con la sagrada estola de Aarón, antes de regresar á Roma, al «Caifás» ó «Cayafás» de quien nos habla el Evangelio.

Era el tal Pilato uno de tantos espíritus rastrosos que, vendiendo á unos y adulando á otros, pudo encaramarse en el gobierno de Judea, adonde le envió Tiberio, más que por amistosa deferencia, por alejar de Roma á un hombre tan molesto.

Quien conozca algunos rasgos suyos no se extrañará de la conducta observada en el juicio de Jesús; hombre vicioso y turbulento, nunca llegó á compenetrarse con sus gobernados: para él fué siempre incomprendible aquel pueblo identificado con sus ideas religiosas que todo lo sacrificaba en aras de su ley.

En una ocasión establecido en Jerusalén un cuartel de invierno, y burlando los privilegios de Judea, introdujo unas banderas adornadas con el retrato de Tiberio y mandó colocar en el Pretorio algunos pavese dorados con dedicatorias al César. Como ambas cosas estaban prohibidas en la ley mosaica, armose gran revuelo y acudieron á Pilato judíos de todas clases pidiéndole que retirase aquellos objetos que el pueblo no podría contemplar sin escándalo y sobresalto; seis días los tuvo demandando aquel favor y, al fin, viendo que era inútil amenazarlos incluso con la muerte, accedió á recoger las banderas, pero dejó los escudos, dando lugar á que Antipas, rey de Galilea, escribiera al César exponiéndole los hechos, y Tiberio tratara duramente al gobernador, mandándole retirar inmediatamente los pavese. Tal fué el motivo de la enemistad entre Herodes y Pilato, mencionada por los Evangelios.

No fué menos sonada la matanza de samaritanos hecha en «Tirathaba», donde los congregara un impostor que decía haber hallado no sé qué objetos escondidos por Moisés y, cuando preparaban una solemne ascensión al sagrado monte «Garizim», preséntase Pilato al frente de sus cohortes y manda pasarlos á cuchillo, por si les ocurriese aprovechar aquella coyuntura para declararse contra el César.

Cuenta Flavio Josefo (De bello Judaico, lib. II) otra hazaña del gobernador romano: guardaban los judíos en el templo, con escrupulosa vigilancia, un tesoro sagrado que llamaban ellos el «Cobán»; Pilato, más por molestarlos que por beneficiar una ciudad que le era indiferente, les arrebató el tesoro para invertirlo en construir un canal que trajera hasta Jerusalén el agua de un manantial lejano; eran los judíos muy amantes de sus tradiciones para no sentirse ofendidos con tal despojo, y, reunidos en imponentes manifestaciones, promovieron grandes algaradas delante del Pretorio. Pilato, que esperaba aquellas quejas, distribuyó entre la muchedumbre á multitud de soldados en traje de campesinos, que llevaban ocultos sendos palos debajo de sus capas, y mientras los judíos alegaban sus sagrados derechos ultrajados, á un signo convenido de Pilato, descargó en las hebraicas espaldas tan furioso turbión de garrotazos, que no pocos individuos perdieron la vida por la fiera de los golpes, contribuyendo mucho el desorden á aumentar el número de víctimas.

Residía Pilato en Cesárea, ciudad edificada por Herodes sobre la antigua «Stratón»; solamente acudía á Jerusalén en las grandes solemnidades, ocupando el

palacio edificado en las alturas de Sión, transformado por los romanos en Pretorio. Con tal ocasión le hallamos en la Ciudad Santa el 15 de Nisan, día primero de los «azimos», interviniendo en el juicio de Jesús y dando la sentencia en el «Lithostrotos», lugar espacioso y elevado, próximo al Pretorio, destinado para administrar justicia.

acompañable aquel año su mujer, dama piadosa y honesta, presentada por los Evangelistas como defensora de Jesús: llamábase «Prócula», según el Evangelio apócrifo de Nicodemo, ó «Claudia Prócula», como nos advierte en su «Chronico» Lucio Dexter, quien afirma que, convertida al cristianismo, era venerada de todos por sus ejemplares virtudes.

El «Menologio» de los griegos la incluye en el catálogo de los Santos.

No tuvo Pilato igual fortuna: sus despotismos y crueldades agotaron la paciencia de los judíos, quienes, no pudiendo resistirle por más tiempo, le denunciaron al gobernador de Siria; destituido por Vitelio, recibió la orden de marchar á Roma para justificar ante el César su conducta. No pudiendo responder á los muchos y graves cargos que en Roma se le hicieron, fué desterrado á Viena del Delphinado, donde puso fin á su mísera existencia, quitándose la vida por su mano.

Y cuenta la leyenda que al atardecer del Viernes Santo, sobre las tranquilas aguas del lago de Lucerna, deforme, horripilante, flota la sombra de Pilato, tintas en sangre las manos criminales; en vano intenta lavarlas en las rizadas ondulaciones; clava en ellas su mirada de fuego y las ve rojas... rojas como la columna del Pretorio... como la desnuda roca del Calvario; las restrega en los pliegues de su toga y vuelve á mirarlas, siempre ensangrentadas... y tiembla, se agita y quiere huir... de pronto se detiene, golpea frenético su rostro y, al fin, se hunde en medio de las aguas que le tragan chirriando como si cayera entre sus linfas un aseca del infierno.

Badajoz-Marzo.

LA DIVINA PROMESA

Al contemplarse el hombre, recién salido de las manos de Dios, tan hermoso y tan sabio, y al ver que todo lo que le rodeaba le estaba sumiso y á su disposición se le subió á la cabeza el humillo de la vanidad y de la soberbia y se rebeló; resultando que donde Dios había criado la vida el hombre creó la muerte; pero al punto que confesó su culpa, para expiarla, se le ofreció en sacrificio un holocausto divino. Esta promesa le sirvió de consuelo y de alivio en su desgracia, al ser arrojado por el Angel de su regia morada, de la que se alejó cabizbajo y silencioso, arropando con hierbas y hojas su cuerpo, que antes cubriera con la inocencia. Hizo alto; vió á su mujer, que de cerca le seguía, agobiada por los remordimientos y el cansancio; cruzáronse sus miradas; elevaron al cielo sus ojos preñados de lágrimas, que corrieron, de hilo en hilo, escaldando sus mejillas hasta regar la tierra, que ya estaba seca y árida, y principiaron á trabajar para ganar el sustento con el sudor de su frente, según el mandato de Dios. Después de esto, el hombre principió á multiplicarse y a llenar la tierra; y por espacio de muchos siglos, unas veces tropezando, casi siempre cayendo, al hacer esfuerzos para levantarse miraba á las nubes, que habían de volver al Justo.

Al entrar en su duodécimo consulado, César Augusto, publicó un edicto mandando formar un parador de los habitantes de toda la tierra, y José, en su cumplimiento, partió de la ciudad de Nazareth, que está en la Galilea, y vino á la Judea, á la ciudad de David, llamada Betheleem, porque era de la casa y familia de David, para hacerse empadronar, con María, su esposa, que estaba en cinta; y mientras permanecía allí, cumpliése el tiempo y dió á luz á su hijo primogénito; y habiéndole envuelto en pañales, le acostó en un pesebre, porque no había quedado sitio para ellos en la posada. Había en los contornos unos pastores que pasaban la noche vigilando por turno su ganado, y súbitamente se les presentó un Angel del Señor, y vieronse cercados de una luz divina que les llenó de miedo; entonces el Angel les dijo: «No temáis, que vengo á daros una nueva que será para el pueblo de suma alegría, pues en la ciudad de David acaba de nacer un Salvador, que es Cristo».

Este acontecimiento pasó ignorado de los dominadores de la tierra porque les importaba muy poco el nacimiento de un niño de condición servil y de stirpe de ellos menospreciada; y de los judíos porque esperaban al Mesías seguido de legiones para triunfar de todos los enemigos de Israel: sólo unos Magos, venidos de Oriente, y guiados por una estrella, le reconocieron y adoraron, y un reyzeuelo, casi sin corona, le temió. Pero el niño, que vivió y creció á la sombra de María y de José, se presentó un día, ya hecho hombre, en medio de aquella sociedad orgullosa y corrompida hasta los huesos, y le gritó en la plaza: «Yo soy la luz del mundo, el camino, la verdad y la vida. ¿Quién de vosotros me argüirá de pecador? En verdad os digo: No hay más que un Dios y un sólo Señor, que es mi Padre, que está en los Cielos, que es también vuestro Padre y Señor: todos, pues, tenéis el mismo origen, y por lo tanto, el griego y el romano, el judío y el gentil, el que manda y el que obedece, el rico y el pobre, todos sois hermanos, con los mismos derechos á la herencia del Padre Celestial: Amaos los vador, que es Cristo».

Este lenguaje sublime, que públicamente y á diario ponía de relieve las depravadas costumbres y la hipocresía de aquellos hombres, fué amontonando en el corazón de los desenmascarados el odio y la rabia contra el Nazareno; y le acusaron, le escarnecieron y le condenaron á muerte de Cruz, que cargó sobre sus hombros hasta el Gólgota, en donde le crucificaron entre dos ladrones. Y estaban junto á la Cruz la Madre de Jesús y la hermana de su Madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Y como viera Jesús á su Madre y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: «Mujer, mira á tu hijo». Y después dijo al discípulo: «Mira á tu Madre». Y desde aquel momento el discípulo la tuvo por suya. Y sabiendo Jesús que todo se había cumplido, dijo: «Tengo sed». Y como hubiese allí un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja, y atándola á una caña, la acercaron á sus labios. Habiendo Jesús bebido el vinagre, dijo: «Todo se ha cumplido». E inclinando la cabeza exhaló el espíritu. El Hijo del Hombre acababa su misión divina, después de haber dado á los pueblos la religión, la moral y la libertad, en el momento que espiraba en la tierra.

Después de estos acontecimientos han pasado más de diez y nueve siglos; la historia del Cristianismo es la historia del mundo: una religión que ha sido el regazo y el molde en que se ha formado y pulido nuestra sociedad; que ha llenado la tierra de sus instrucciones y de sus monumentos; no ha tenido otros fines que la prosperidad de un convento, las riquezas del clero, los privilegios de una

abacía, los cánones de un concilio, ó la ambición de un Papa? No; es hasta ridículo el pretender que una religión con fines tan mezquinos y ruines había de resistir ni aun el soplo de una contrariedad, cuando hemos visto caer en el olvido grandes aberraciones de la inteligencia y derrumbarse los más poderosos imperios; y la Cruz, que unos rudos pescadores arrancaron del Gólgota para clavarla en la ciudad de los Césares, á despecho de todo: los vendavales todavía extiende sus brazos en la cúpula del Vaticano.

FRANCISCO JAVIER SANCHO

La Pasión de Jesucristo y el Arte en Guadalupe

Como centro de nuestra fe, así la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo es el centro del arte cristiano. La Teología católica, lo mismo que la mística, descansan sobre esta firmísima base de la redención del hombre por la muerte cruenta de Jesús.

La Teología, asentando su sistema sobre la satisfacción vicaria de Cristo por los crímenes de la Humanidad entera, y la mística, derramando las tiernas y arrobadoras ternezas de un amor inextinguible hacia aquel acto de amor que San Pablo llamara la locura de la Cruz, han servido de pábulo á las mayores demostraciones del amor del hombre hacia su Dios.

Por esto mismo, el culto católico, cuyo acto más substancial es el santo sacrificio de la misa, que fluye naturalmente de esos dos manantiales, del dogma y de los arrebatos de nuestros corazones hacia Jesucristo Crucificado, tiene sus manifestaciones emocionantes en aquellos actos que de un modo directo recuerdan al hombre los excesos de un Dios perdido de amores por el hombre. No es, por consiguiente extraño, que el hombre consagre también todas sus energías en rodear tamaño exceso de amor de cuantos primores, obsequios y correspondencias sean capaces su entendimiento, manos y corazón.

El arte, que es uno de los medios más hermosos que el hombre posee para manifestar sus sentimientos, quedó desde luego en el cristiano consagrado de un modo especial, y en cierto modo substancial, como lo es la Santa Misa en el culto, para representar el gran acontecimiento humano-divino, la muerte y pasión de un Hombre-Dios para redimir á la Humanidad pecadora. Y así el arte más antiguo y primitivo en la Iglesia fué el de la Cruz, punto primordial en esta representación; y todos los pasos de tan cruento sacrificio, los que fueron más veces y con mayor perfección representados por nuestros artistas en templos y objetos consagrados al culto.

Guadalupe, que desde la primera mitad del siglo XIV, comenzó á ser en nuestra España emporio de las artes cristianas, conserva todavía en sus artes bellas y santuarios riquísimos ejemplares de la representación de todos los acontecimientos que sucedieron en la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Hermosísimo cuadro podríamos formar, si los límites de este corto artículo no nos lo vedaran, de cuanto en altares, pinturas, esculturas, orfebrería, miniaturas y bordados se encuentra esparcido por diversos departamentos de este suntuoso Monasterio. Ni aún siquiera podemos extendernos á recordar el aparato artístico con que los oficios del Viernes Santo se celebraban, y aun en parte se celebran hoy en su iglesia, porque para ello tendríamos que mencionar y describir el riquísimo y artístico monumento con su inapreciable arquetra, los ornamentos antiguos y los que aún hoy se usan, y cuya suntuosidad y arte de los primeros todavía hoy se admiran en los venerables restos que en casullas sueltas se conservan.

En la presente ocasión nos concretamos solamente á describir nada más que una pieza de este Santuario; pero de tal calidad, que ella sola basta para darnos idea de lo que es y fué Guadalupe en su culto y arte referente á la pasión de Nuestro Señor Jesucristo: Esta es la que se conoce desde remotísimos tiempos con el nombre de «Frontal de la Pasión».

Es el frontal de la Pasión una magnífica pieza bordada probablemente á mediados del siglo XV, de un metro de alto por cuatro de ancho, que sirve para colocarla ante la mesa y ara del altar mayor, tan solamente el día del Viernes Santo. En ella se desarrollan, en admirables grupos de figuras casi la mitad del natural, los principales hechos de la muerte y pasión del Señor... En cada uno de los grupos, después de asentados estos sobre un suelo correspondiente al lugar en que se verifica la escena, todo él maravillosamente bordado, los fondos de todos ellos se hallan trabajados en riquísimos bordados de oro, formando varias y caprichosísimas lacerias mudéjares, sobre las que se destacan las figuras tan maravillosamente, que parecen completamente desprendidas del mismo, y moverse en el ambiente con animadas y movidísimas actitudes. Así, en el primer cuadro, por ejemplo, que representa la flagelación del Señor, vense mover las figuras airdas y descompuestas de los sayones, descargando terribles golpes sobre las inocentes espaldas de Jesús, cuyo cuerpo parece animado del más agudo dolor, no sólo en la dolorosa expresión del rostro, sino en el movimiento de contorsión naturalmente en él impreso al despiadado golpear de los azotes.

Mas en estos admirables cuadros, no sólo sorprende el finísimo bordado que representa un trabajo acabadísimo al matiz de maravilloso pincel, y con el cual se representan los desnudos de todas las figuras, sino lo que es aún más raro y completamente inusitado, y es que los vestidos de los personajes están hechos cada cual con riquísimas y variadas telas, de tal forma, que cada pieza de la vestimenta tenga la suya propia, y en tal combinación que, para representar los claros oscuros de los ropajes, ó los puntos más ó menos lejanos de las figuras, según las leyes de la perspectiva, se han combinado las tonalidades de las telas, á veces de un mismo color, y otras, pasando de unos á otros, tan sin violencia, que, aun observando ser aquello una combinación arbitraria, con todo, no ofende, sino que produce el mismo efecto que nos darían la luz y los colores al contemplar una persona vestida con aquellas solemnes y ricas hopalandas. Los terciopelos parecen labrados en tal forma que, para significar las partes prominentes de los pliegues más heridos por la luz, debió el tejido sacar rapadas aquellas líneas con mayor ó menor ancho, y siempre con aquellos dobleces que exigían, por ejemplo, los plegamientos del ropón ó manto exterior. Otras veces es el raso que, para demostrar una hendidura, tiene, según las exigencias del claro oscuro, un trozo de terciopelo, mas no añadido, como sería fácil suponer, sino formando todo una sola pieza. En ocasiones, los pliegues, y especialmente en los brocados y damascos,

están indicados por cordones de oro y sedas. En una palabra; el conjunto de estos vestidos es tal, que asombra y maravilla, porque parece imposible que con unos cuantos retazos de tela se haya llegado á producir tan artísticos contrastes y efectos.

Cinco son los cuadros representados, en tan hermosa pieza: La flagelación, Jesús con la Cruz acuestas camino del Calvario, La Crucifixión, Jesús muerto en los brazos de su Madre, ó La quinta angustia, tímicamente, El Sepulcro del Señor.

En el primero, La flagelación, se destaca en el centro, y sobre rico pavimento, la figura del Señor, completamente desnudo y amarrado á una columna monólita, al parecer, sobre la cual descansan por todos lados las hervaturas góticas de la sala. Tres son los sayones que con ropillas hasta las rodillas, despechugados y las mangas hasta más arriba de los codos, en furiosas y trágicas actitudes y con caras criminales descargan tremendos golpes sobre las virginales carnes de aquel mansísimo é inocente Cordero. A la izquierda, y como autorizando tan inhumana escena se halla un personaje de pie, ricamente vestido, y que parece representar alguno de los príncipes de los sacerdotes.

En el segundo, con tardos y fatigosos pasos, vese en el centro la figura de Jesús que, con la Cruz á cuestas, camina hacia el Calvario. A sus pies, la amante Magdalena de rodillas y las manos juntas, como quien suplica, parece hablar con el Señor. Al lado derecho, el grupo interesantísimo de la Angustiada Madre de Jesús, medio sostenida por las otras dos Marías y el discípulo amado; y á la izquierda tres soldados armados, uno de los cuales, mientras el segundo y tercero inclinan hacia Jesús en son de mofa, mesándose el uno los cabellos y enseñándole el otro la lengua, sigue aquel indiferente los pasos de la triste víctima, como acostumbrado á semejantes escenas.

En el tercero, levantado sobre la Cruz, llena, por decirlo así, con sus extendidos brazos todo el cuadro central, al mismo tiempo que su rostro, caído sobre su hombro derecho, nos indica haber ya exhalado el último suspiro. A derecha é izquierda, otra vez los dos grupos de María, su Madre, abatida y como en brazos de San Juan, y las Marías que la sostienen por detrás, y el centurión y soldados que custodian el cuerpo del ajusticiado; en tanto que la Magdalena, dando rienda suelta á los deliquios de su amor, llora á los pies de su Maestro la crueldad de los judíos.

En el cuarto, el ensangrentado cuerpo del Señor es depositado en los brazos de su Madre Santísima; y mientras los santos varones Nicodemus y José de Arimatea, con el discípulo amado, ayudan á María á sostener el santo cuerpo, María Magdalena, de rodillas, imprime tiernos ósculos de amor en la izquierda mano de Jesús y las otras Marías, atónitas, contemplan el cadáver de su Maestro.

Por fin, en el quinto, aquella piadosa comitiva se ha dirigido al lugar del sepulcro, y próximos ya los santos varones José y Nicodemo á depositar el sagrado tesoro dentro de él, vese á María, su Madre, que se inclina hacia el rostro de Jesús, como para imprimir en el último ósculo su propia alma y sepultura con El bajo la fría losa. Y entretanto que las piadosas mujeres contemplan aquella postrer escena, mudas de dolor, vese al discípulo amado, que ante aquel último adiós dado por todos al queridísimo Maestro, no pudiendo contener las copiosas lágrimas que á torrentes acuden á sus ojos, cubre su rostro con el rico manto de terciopelo verde, que prende de sus hombros, como presintiendo ya la triste sombra de amargura que desde aquel momento cubrirá su alma.

Esta es la riquísima y magnífica pieza suntuaria legada por el arte cristiano en Guadalupe, referente á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Lejos de mi haber intentado en el presente artículo hacer una perfecta descripción de ella; solamente he querido, por su medio, dedicar un doble recuerdo á los augustos misterios primero que en estos días conmemora Nuestra Madre la Iglesia, y á los artistas de este monasterio, después, que tan profundamente sintieron é interpretaron las escenas sublimes del Calvario.

FRAY GERMÁN RUBIO

CULTOS EN LA CAPITAL

1 de Abril (Jueves Santo) Abstinencia.

Santos del día. — Santa Teodora y Urbica, mártires; Nenancio, obispo mártir; Valerio, abad, y B. Catalina Tomás, virgen.

Los oficios divinos tienen lugar á las seis y media en los conventos Hermanitas de los Pobres y capilla de San Sebastián; á las ocho, en las parroquias de San Andrés, Purísima Concepción é iglesia de Santo Domingo, y á las nueve, en la Santa Iglesia Catedral, en la que después del rezo de las horas canónicas, el excelentísimo é ilustrísimo Prelado de la Diócesis celebrará de Pontifical y consagrará los Santos Oleos.

A las seis de latarde sale de la ermita de la Soledad la procesión de Nuestro Señor de la Paciencia y Humildad y Nuestra Señora de los Dolores.

A las seis de la tarde, el oficio de Tinieblas en la Santa Iglesia Catedral.

2 de Abril (Viernes Santo) Abstinencia.

Santos del día. — San Francisco de Paula, confesor y fd.; Teodosia, virgen y mártir; Urbano, obispo, y María Egipcíaca.

Los oficios divinos, á las mismas horas que el año anterior, teniendo hoy lugar la adoración de la Santa Cruz, destinándose las limosnas que se recojan en dicho acto para los Santos Lugares.

A las doce, ejercicio del Via-Crucis en la parroquia de la estación.

A las cuatro de la tarde, en las parroquias de San Andrés y San Agustín, ejercicio del Via-Crucis y sermón de Pasión.

A las cinco y media sale de San Agustín la procesión del Santo Entierro.

A las nueve, de la ermita de la Soledad la procesión de Nuestra Señora de la Soledad, recorriendo la carrera corta.

Confiamos en la amabilidad de nuestros anunciantes que nos dispensen la supresión de sus anuncios en el día de hoy, por dar preferencia á los originales que publicamos en nuestras plazas.

BADAJOZ.—Tip. La Minerva Extremeña, de F. Ger con linotipias de Ricardo Mendoza

(6) Escoto. Report. 3. d. 20. n. 13.

(7) Josué. 7 y siguientes.

(8) M. Mir. Pág. 246

(9) Para más noticias sobre este punto véase el Ma-

(10) Véase á Cornelio Alápidé.

JUDAS

primero que hizo fué documentarse sobre el delito de que se acusaba á Jesús, lo que exacerbó á los jueces del Sanhedrín hasta el extremo de exclamar: *Si no fuera malhechor no te lo hubiéramos traído.* Joan. XVIII, 30.

No se necesita ojo avizor para ver que esta respuesta incluye un tremendo apasionamiento, un deseo desmedido y una intención malévolamente de que el fallo dado por el Sanhedrín sea confirmado en todas y cada una de sus partes, ciegamente, sin más revisión ni más formas jurídicas, por el gobernador de Iherico.

Y en verdad que no hubiera salido el Poncio romano peor parado, obrando de este modo, que adoptando las distintas formas que tomó, dándose carácter de juez, cuando no fué más que un mero autómatas de la plebe judía, satisfaciendo en todo y por todo sus sanguinarios anhelos.

Si hubiéramos de decir cuanto se ofrece á nuestra mente del proceder arbitrario, imprudente é injusto de este miserable juez en la causa de Jesús, nunca pusieramos término á nuestro propósito.

Porque injusta y arbitrariamente remite á Jesús ante el letrarca de Galilea, cuando el delito de que se le acusa ha pasado á ser de su única y exclusiva competencia; y comenzaron á acusarle diciendo: *A ese le hemos hallado pervertiendo nuestra nación y vedando pagar los tributos al César, y diciendo que es el Cristo ó el ungido Rey de Israel.* Luc. XXIII, 2 y 3; cobarde para condenarle y cobarde para absolverle, hábil ve una salida curial, cuando le dice que es Galileo, remitiéndole á Herodes para deshacerse del compromiso; y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes se le remitió, Luc. XXIII, 7.

Porque injusta y arbitrariamente le somete á la pena de flagelación, según las costumbres del imperio romano, y que en el decir de Cicerón era la mitad de la muerte; *tomó entonces á Jesús y mandó azotarle.* Joan. XIX, 1.

Porque injusta y arbitrariamente permite á la soldadesca que le martiricen abofeteándole, escupiéndole y coronándole de espinas; y los soldados formaron una corona de espinas entretejidas y se la pusieron sobre la cabeza y le vistieron un manto de púrpura y se arribaban á él y le decían: *Salve, oh, Rey de los judíos, y dábanle bofetadas.* Joan. XIX, 2 y 3.

Porque injusta, arbitraria é imprudentemente da á elegir entre Cristo y Barrabás, á los judíos, para que pongan en libertad á quien más les plazca, convencido como está de la culpabilidad de éste y de la inocencia de aquél; *¿á quién queréis que os suelte, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado el Cristo ó Mesías? pues sabía bien que se lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes por envidia.* Math. XXVII, 17 y 18.

Porque, por último, injusta y arbitrariamente le condena á muerte y le entrega á los judíos para que le crucifiquen; *sentóse en su Tribunal y entonces se lo entregó para que le crucificasen.* Joa. XIX, VI.

El gobernador romano que no encontraba en Jesús ningún delito; *yo no hallo delito alguno en este hombre.* Luc. XXIII, 4; el gobernador romano que tiene conocimiento de que se le han entregado por envidia; *porque sabía que se lo habían entregado por envidia.* Marc. XV, 10; á petición de un Senado venal y apasionado y ante los gritos de una plebe canallesca y proterva le sentencia á muerte, y muerte de Cruz: *sentóse en su Tribunal... y se lo entregó para que le crucificasen.*

Porque en el proceso de Jesús ni se siguieron los trámites legales ni se observaron las prescripciones jurídicas, fué anómalo; porque se pisotearon las leyes y se conculcaron los derechos y se condenó al que era la Justicia misma, fué injusto; porque se hizo mofa sangrienta de toda clase de pruebas y se dió por verdadero lo que era manifestamente falso, fué arbitrario. El proceso, pues, de Jesús fué un cúmulo de iniquidades.

Más que una Reina, la Reina soberana de los cielos; más que una mujer, la mujer Madre del Hijo de Dios, es el dolor mismo que late en aquella débil figura; y que ha tomado sombras de inmensa tristeza en el horror de la tragedia y forma, cuerpo en una mujer, la Reina de los Mundos, la Madre de Dios, que aún siente amores en su corazón, porque el Redentor, al morir la había hecho Madre de los hombres mismos que le dieron muerte, es el holocausto que hacen sus víctimas inocentes al Hombre-Dios y á la Virgen Madre.

Mi espíritu contempló muchas veces aquel cuadro de dolor, y se ha postrado también muchas veces ante esta amargura de la Soledad. Con aquél, mis ojos buscaron siempre al artista para admirarle

por su obra, y en lo recóndito de mi memoria repetía compasivamente el nombre de una trágica princesa. Esta amargura de la Soledad, se me ha metido en el alma, y mis ojos se han alzado hacia el cielo queriendo ver á Dios, á Quien decir: «Señor, pequé», y á una Madre celestial á quien rogar: «Tened, Señora, piedad de mí».

Aquel cuadro de dolor es humano y en lo humano ha de quedarse. Esta amargura de la Soledad es lo humano dentro de lo divino, y lo divino levanta los espíritus á las regiones que irradian todos los consuelos y todas las esperanzas.

Pío JURADO Y HERRERA

UNA SAAETA

No hace muchos años esto; las espigas del dolor habían ya hecho hondas heridas en mi alma y sentía con más íntima emoción las angustias del poema inefable que el Amor divino realizó en Jerusalén, como las sienten las almas que sufren; presenciaba á las dos de la madrugada esa procesion solemne é imponente en que el pueblo sevillano, con recogimiento silencioso, ve todos los años pasar ante su alma sentimental y piadosa la visión de la tragedia divina sin más comentarios que esos sollozos sinceros y dolientes que con tan acertado tino ha denominado «saetas».

Estaba absorta en la solemnidad del acto y disfrutando del misterioso consuelo que se siente en ofrecer ante la inmensidad abrumadora del sacrificio divino el holocausto humilde de los propios martirios; de pronto rasgó la densidad de aquel silencio la vibración clara de una voz potente y emocionada que cantaba con suaves modulaciones, que parecían un largo lamento:

«La calle de la Amargura
La riega Cristo con sangre;
Con las lágrimas que llora
Lava la sangre su Madre».

Confieso que pocas veces he sentido emoción tan íntima como la que me produjo este hondo poema de dolor y de consuelo que el alma del pueblo ha sabido encerrar en estos cuatro versos.

Todo el dolor del remordimiento del pecado que vertió la Sangre divina y todo el consuelo redentor de esa misma Sangre y del martirio bendito de la Santa Madre, cantado con intensa sinceridad y vidente intuición, penetró hasta lo más hondo de mi alma, arrancándome lágrimas que corrían como un bálsamo perfumado sobre las asperezas inclementes de mis penas, de aquellas penas y amarguras que yo ponía como una ofrenda en el altar de los divinos martirios.

¿Por qué tendrá mi pueblo fama de frívolo y superficial? ¿Hay alguno que más intensa y hondamente penetre en los recónditos senos del dolor humano, que más reciamente sienta las emociones todas de la divina epopeya del amor divino, ni que sepa concentrar en cifra más expresiva y más concisa la sensación de las angustias dolorosas y de los inefables consuelos que se contienen en la tragedia que comenzó en el Huerto de las Olivas y terminó en el Calvario?

La frívola superficialidad de un pueblo que siente, llora y canta dolores tan intensos como el pueblo andaluz, tiene la misma justificación que la fama de apática negligencia que adjudican á un pueblo que, como el extremeño, conquista mundos.

Yo lo sé por mí; la exterior alegría andaluza oculta un fondo de honda melancolía que le hace sentir como nadie los graves misterios de la vida.

No sé porque no tengo erudición para afirmarlo ni para negarlo—si el alma andaluza será apta para sentir los raptos inefables de los dulces deliquios de amor divino que alegraron las horas de los místicos; pero de lo que estoy segura es de que ninguno le supera ni le iguala siquiera en la intensidad con que siente las amarguras de aquellos tristes dolores con que la humanidad fué redimida con sangre de Dios y lágrimas benditas de su Madre, con esas lágrimas santas y puras que interceden ante la divina justicia lavando amorosas y clementes la sangre del deicidio...

«La calle de la Amargura
La riega Cristo con sangre;
Con las lágrimas que llora
Lava la sangre su Madre».

ANGELES MORAN



ECCE-HOMO, cuadro de Crosio.

OCAMPO

Badajoz, 30-3-15.

ROSA DE PASION

Virgen Soberana,
Flor pura y divina,
Pobre Pasionaria
Por el cierzo helado
Por el sangre mi sangre;
Tu vida, mi vida:
Con tu amor, yo amo;
Tus penas, son mías;
Yo las he causado
Con mi mala vida.
Di muerte á tu Hijo,
Y, aún, ¡Madre! me miran
Con piedad tus ojos,
¡Reina dolorida!

¡Oh, flor de los Cielos,
Pasionaria herida
Por el cierzo helado
De las culpas mías,
Postrado me tienes
Aquí de rodillas
Pidiendo con lágrimas
¡Perdón, Madre mía!
Contigo al Calvario,
Contigo á la vida,
Contigo las rosas;
Sin Ti, las espigas.
¡Qué dulce es amarte,
Oh, Virgen María!

RAMAL

SOLEDAD

El prodigio del arte ha dejado á la contemplación de los siglos en un lienzo el dolor de una reina que, más débil que la fuerza del tormento que la abate, cae en locura, y loca, sombría, muda en su dolor indecible, mira al objeto de sus amores troncado ya, muerto en plena vida y de sus ojos abiertos espantados, fluyen silenciosas las lágrimas que resbalan lentamente por sus pálidas mejillas.

No es una reina dolorida la que alza ante nosotros el pincel maravilloso, por más que realza y majestad nimbán su figura; ni siquiera es una mujer, demudada su faz, rendida la arrogancia de su porte por la intensa amargura que desgarró todo su ser; ni es la estatua del dolor: es el dolor mismo que late en el lienzo sorprendente y que tomó luz y negros en la inspiración del artista, y al que le dió forma una mujer, una reina que con su amor ha perdido la paz de su espíritu, la luz de su razón.

Las tinieblas invadieron los espacios en el templo. Bajo las bóvedas sagradas se aprietan los fieles unidos por el mismo sentimiento que á todos les domina. Negros paños cubren el altar. Delante de éstos unas macetas de bambú alzan sus ramas gentiles y entre ellas una Virgen llora silenciosamente; céntra la faz, mira anhelosa como buscando lo que ya se es ido, y en sí estrechándose, apretándose en sí misma, bajo el manto negro que la envuelve, parece que se rinde, que va á caer ya tronchada por la fuerza del dolor.

Es la Soledad. La Soledad que ha perdido el amor de sus amores, el divino fruto de su vientre.

JARDINES

DE PASION

I

Bajo palios celestiales,
lo mismo que una ilusión,
brotaron de mis rosales
estas rosas de pasión.

Oh, rosas primaverales,
que cuando han nacido son,
más que rosas de rosales,
rosas de mi corazón.

Jardines del alma mía,
que un grato perfume aroman,
sed primaverales

que las tristezas se coman,
en los ojos de María
y en sus lágrimas que asoman.

II

Después de aquella tortura,
tan triste y tan infinita,
por la vía de la Amargura,
en actitud tan contrita,

la tragedia que suscita
la soberbia de natura
y ese instante que limita
la vida y la sepultura.

Hubo un divino trasluz,
que al alma triste extasía
cuando envuelto por la luz,

en la mano que extendía,
de la llaga de la cruz,
una rosa florecía.

III

Madre santa que el dolor
más grande cruzó su pecho,
y eso que para el amor
más puro lo había Dios hecho.

Era un acero traidor,
clavado de trecho en trecho,
y al golpe salía una flor
de su corazón deshecho.

Y la estrella que formaban,
aquellos siete puñales
que el corazón le pasaban

en dolores siempre iguales,
un camino señalaban
á sus tristezas letales.

José de RUEDA REBOLLO

Siempre fué de todo punto execrable la memoria de Judas iscarote. Todos los odios, todos los rencores, todas las iras del corazón humano pesan sobre ese monstruo de maldad. La hiel más amarga, derretida de puro furor, ha sido derramada sobre el caudillo y adalid de los prescitos. La historia sagrada y profana, movidas por un sentimiento unánime de dignidad y decoro, no han franqueado sus páginas á su vida criminal y apóstata sino para encender llamaradas de fuego sagrado en el pecho de todo hombre bien nacido. Los cielos, la tierra, los mares, los seres todos de la creación, cubiertos de rubor al ver en su seno tan horrible aborto de la naturaleza, tratan de consuno de vengar la sangre del ser más justo que vieron los siglos.

Pecó Adán en el paraíso, y los elementos todos tuvieron lástima de él al verle caído de su pristina grandeza, y la exuberante higuera se adelantó, en nombre de todos los árboles del florido Edén, á prestarle los primeros auxilios, y ya que no pudo devolverle la hermosura de su alma, apresuróse con noble hidalguía á ofrecerle su vistoso ropaje para que cubriera honestamente su cuerpo de cuya desnudez ya se corría.

Peca el infame Judas, consuma la traición, y la naturaleza toda se apresta al aniquilamiento del hombre más criminal que deshonró la tierra. El astro rey escondió su faz, la luna derrama sobre aquel ser errante fulgores siniestros, la noche se presenta pavorosa y sólo le ofrece tenues y fatídicos resplandores para descubrirle la senda que le conduce al despeñadero y un árbol seco que le brinda sus descarnadas ramas donde encuentra la muerte más desastrada.

Terribles y funestas fueron las consecuencias del primer pecado que se perpetró en el mundo; pero, con ser tan gravísimas, todavía tiene la Iglesia para la culpa de Adán palabras de bendición en cuanto fueron motivo de tantas venturas y felicidades que, en herencia propia, nos vinieron por la redención copiosa de Cristo Jesús: «¡Oh felix culpa!»

Gravísimo sobre toda ponderación fué el crimen de los judíos que dieron muerte aifrentosa y desapiadada al Mesías por todos los profetas anunciado como Redentor de Israel; y á tal grado subió su malicia y perversidad que sobrepujó á la malicia de todos los pecados juntos (1). Con todo, Cristo pendiente entre el cielo y la tierra, sepultando en lo más hondo de su alma las ofensas, escarnios, befas, azotes, blasfemias, calumnias y todo el cúmulo de pasiones indecibles que sufría de parte de la plebe, de los príncipes de la Sinagoga y doctores de la ley, todavía ruega á su eterno Padre que los perdone alegando la ignorancia que les cegaba los ojos. Pero consuma Judas su crimen, en el punto se desamparado de la divina gracia, en frase del rey sabio (2), y tomando posesión de su cuerpo y de su alma una legión de espíritus infernales conduciéndole á una desesperación espantosa (3), y muévénle á realizar las locuras que jamás se vieron en el más desafortunado energúmeno. Ya se arrastra por los suelos dándose de cabezadas contra las piedras, y mesándose furiosamente los cabellos para reventar el cráneo, ya se da de puñadas en los ojos para que no vean la luz de la vida de quien mamldice hasta sus primeros hálitos; ahora ruge como espantoso tigre á quien devora la sed de la sangre en que ve teñidas sus garras, ahora dirige al cielo su mirada feroz, vomitando, de su boca infernal las blasfemias más horrendas y espantosas. Su desesperación es extrema. ¿Es que el cielo ha cerrado sus puertas de bronce? ¿Quién puede poner en tela de juicio la omnipotente é infinita clemencia de Dios? Si el pecador cayendo de abismo en abismo ha llegado al borde del precipicio le mandará un ángel que con robusto brazo le retire del peligro y lo ponga en senda segura; si Caín huye errante por la tierra con el estigma de su crimen marcado en su frente, todavía le concede Dios largos años de vida para que vuelva á mejores pasos y expie con penas temporales el horrible fratricidio que, por su impenitencia final, le llevó á los eternos suplicios.

Mas la iniquidad del traidor discípulo había llegado á su colmo, la benevolencia de Jesús había hecho los extremos de amor que á una criatura, la rebeldía del corazón de Judas había salido fuera de la esfera humana lindando y aun sobrepujando la rebelión diabólica que lanzó á los espíritus soberbios del cielo á los astros profundos del Averno.

El pecado de Judas ha sido el más grave de todos los pecados que se han cometido desde la aurora de los siglos y pueden cometerse hasta el ocaso de los tiempos. Si el pecado de los judíos fué, como prueba Escoto con gran copia de razones y testimonios, gravísimo y atrocísimo ¿qué diremos del pecado de Judas que fué el que vendió y entregó y puso en manos de los judíos á su santísimo Maestro? La menor ofensa hecha contra la sagrada Persona era mayor, dice el doctor sutil, que todos los crímenes juntos, porque, por muchos y graves que sean, siempre hierden indirectamente á Dios, mas las acciones de los verdugos y sus cómplices tendían por su naturaleza á despojar á Cristo de la vida, y como esta vida de Cristo sea de un mérito infinito en quien se regalaba y cifraba todas sus complacencias su eterno Padre, todo lo que se oponía directamente á destruir este sumo Bien era gravísimo sobre todo lo imaginable. Cualquier acto por mínimo que fuese que se encaminara á salvar á Cristo ó estorbar una ofensa hecha contra su Persona, tiene más de bondad que el fiel cumplimiento de todos los preceptos de la ley divina y humana.

Con toda propiedad podría decir el que tal hazaña hubiera hecho que no sólo ha cumplido (simpliciter) el precepto de amar al prójimo, en cuyo cumplimiento se cifra toda ley y los profetas, sino que ha rebasado toda justicia, ha salvado á un hombre, ha salvado á Dios; luego, por razón opuesta (4), del que pone las manos criminales en Cristo decirse puede que este facineroso ha dado muerte infame á Dios.

¿Qué inteligencia humana ni angélica podrá jamás abarcar toda la gravedad del crimen de Judas? ¿Qué palabras podrán dar una idea siquiera oscura de la responsabilidad que contrajo el principal motor de la más espantosa tragedia divino-humana que presenciaron los cielos y la tierra? Si en toda conspiración todo el peso de la justicia y todas las iras del pueblo caen sobre el que urdió los planes secretos, y dispuso los medios, y allanó las dificultades, ¿quién no ve que en la conspiración que contra Jesús se había tramado en el Sanhedrín, á raíz de la famosa resurrección de Lázaro, quién dió solución y remate feliz á las mil dudas y perplejidades en que vagaban los enemigos de Jesús fué el perverso é incrédulo discípulo desde el momento en que, por treinta siclos de plata, les ofreció su concurso y les dió garantías de un éxito completo? No anduviera muy descominado quien juzgara, en el terreno de las hipótesis, que, descartada la obra de Judas, la pasión de Cristo no se hubiera llevado á cabo, á pesar de toda la urdimbre que tenían dispuesta sus enemigos, dada la soberana influencia con que había subyugado los corazones de todos los israelitas su común Bienhechor y Maestro.

No cabe ya, pues, duda ninguna de que el pecado que consumió Judas al entregar á su Maestro con un ósculo de fingida amistad fué más grave y más horrendo que todos los pecados juntos que se han cometido y pueden cometerse en el mundo. Gravísimo fué la responsabilidad del juez imbécil que sentenció á Cristo, siquiera se lavara las manos; con todo, la misma Verdad, dirigiéndose á él, dicele con amargo acento (5):

Además de la gravedad imponderable que entraña la venta de Cristo, hubo un atentado de parte de Judas

(1) Escoto. Oxon. 2. d. 21. q. 2. n. 3.
(2) Eclii. XV. 14.
(3) Véase la «Mística ciudad de Dios», donde la venerable Agreda pondera vivamente la desesperación de Judas.
(4) Véase toda esta cuestión en Escoto. Oxon. 3. ds. 19. n. 13.
(5) San Juan. IXX. 11.

«¿que me ha entregado á tí, tiene mayor pecado».

te, y muerte la más afrentosa que entonces se conocía, hoy la víspera del día del tremendo drama cuyo asunto era una apoteosis cuyo protagonista es un Dios, cuyos actores eran un pueblo decidido, cuyos ejecutores eran los señores del mundo, los romanos, cuyo escenario estaba suspendido entre cielo y tierra y cuya finalidad era la salvación eterna del orbe.

En la noche del año 748 de la fundación de Roma (5) en un estable de una aldehuela misera de Judea, una mujer, joven, esposa de un artesano de Nazaret, daba a luz un niño que, al circuncidarse, recibió el nombre de Jesús o Salvador (Jesuh de la raíz hebrea Isah que en la forma hiphil significa «salvó»), según lo preceptuado por el ángel Gabriel al anunciarlo, y el apelativo de Nazaret, que era el pueblo origen y vecindad de sus padres. Acontecimiento sin importancia, al parecer, tal debió juzgarse después, y tal debía ser, sin duda, que ha conseguido tenerse por la época más importante de la vida del mundo, que ha sido y continúa siendo el punto de partida para el cómputo cronológico de los fastos históricos del orbe. A partir de este hecho se cuentan, como sabéis, retrogradando, los cinco ó seis mil años de existencia de hombre antes de él, y directamente los 1.900 que después de él van transcurridos, como si los siglos, inclinándose reverentes ante aquel recién nacido, le ofrecieran el homenaje de su silencioso deslizarse por la pendiente del triunfo y le reconocieran como el principio de lo que es, de lo que fué y de lo que será hasta el fin de la humanidad.

No era ciertamente la preponderancia de su nación la que diera la importancia al nacido: hacia ya algunos años que el pobre pueblo judío había perdido sus reyes y comenzaba a perder su independencia, engullido por aquel coloso que se llamó Imperio Romano, cuyo cetro empuñaba un simpático jovencillo llamado Octavio.

Y eso que era aquel tiempo precisamente el en que esperaba el pueblo judío que vendría el Mesías, confiado en los cálculos que sobre la fecha de su venida habían predicho los profetas. Así se explican las continuas rogativas de las Sinagogas pidiendo que se rasgasen las nubes y lloviera Dios al Justo, que se abriese la tierra y germinara al Libertador.

Tanta era la persuasión de que en aquel tiempo había de venir que habían contagiado de ella a los poetas latinos y al pueblo culto de Roma. «Jamanova progenies coelo demittitur alto».

Ya nos viene del alto cielo una nueva generación que cambiará en mejor el orden de cosas existente, había cantado el poeta Virgilio en aquella estrofa que comienza «Ultima cumei venit jam soeculi oetas», donde alude a un vaticinio profano de la Sibila de Cumas para fundar su aserto en el don de adivinación de la célebre pitonisa de la Campania romana, quien ciertamente lo deducía de haberlo vislumbrado en el trato con los judíos.

Tras de las guerras éincursiones que habían hecho en Palestina los Selucidas y Ptolomeos, guerras que no habían podido arrebatar el cetro a los Macabeos ni a sus sucesores Hircano y Aristóbulo, últimos judíos de nación que rigieron el pueblo, tras de la forma republicana aristócrata posterior, el Sanedrín ó agrupación de los nobles de Judea, un viejo zorro, y permitidme esta expresión que no es mía sino del más famoso Jesús, Herodes que no era de nación hebrea, sino edómíta, consigue haciendo la causa del romano, á fuerza de reptar, subir las gradas del Capitolio á recibir la investidura del virreinato romano de la Judea.

Comenzaba á desaparecer el pueblo: había de nacer Jesús en el último año de Herodes, y la nación hebrea ya no tiene razón de existir como tal.

Treinta años después, Tito, general é hijo de Flavio Vespasiano, al frente de las legiones de Oriente del Imperio entraba á saco en la ciudad santa y no deba de ella ni del Templo piedra sobre piedra, como había predicho Jesucristo.

A once millones y ciento veinte mil hombres hace subir una estadística de Justo Lipsio el número de los hebreos fenecidos en la toma de Jerusalem y en las revueltas y guerras parciales que en diversos puntos se sucedieron; once millones que unidos con los ocho ó diez que pululan actualmente dispersos por el orbe, serán un perpetuo testimonio de que la desolación anunciada por el profeta como eterna, persevera y va cumpliéndose y perpetuándose á través de los siglos. ¡Estaba escrito y no en el hado fatalista del árabe, sino en los libros sagrados de nuestra Religión! «Muchos días se sentarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio y sin altar». Oss. 3, 4.

¡Tanto había de pesar en la balanza de Dios el decido infando de su adúltera nación!

JUSTO PEREZ (Pbro.)

AL PIE DE LA CRUZ

PARA OFRENDARLO COMO MODESTO HOMENAJE, COMO HUMILDE ROSA DE PASIÓN, QUE CAIGA AL PIE DE LA CRUZ EN QUE EXPIRA EL DIVINO REDENTOR, EN QUE SUFRE LAS INDECIBLES ANGUSTIAS SU SANTA MADRE, LA VIRGEN DE LA SOLEDAD, AMADÍSIMA PATRONA NUESTRA, **CORREO DE LA MAÑANA** INTERRUMPE SU LABOR HABITUAL Y CONFECCIONA ESTE NÚMERO DE SU PUBLICACIÓN, QUE DEDICA AL PRELADO ILUSTRE Y VENERABLE DE LA DIÓCESIS.

La Redacción

Los misterios de la Cruz

Erase un día, al traspasar el sol, cuando llegaron los hijos de Israel á las orillas del mar rojo; todavía no habían fijado bien sus tiendas oyeron como los carros y caballos de Faraón, con todo su ejército, hacían retumbar los montes y los campos y amenazaban acabar con ellos.

Enfrente y á la derecha alzábanse escarpadas rocas; á la izquierda extendíanse inmensas las aguas del mar, y detrás bramaban por destruirlos sus enemigos.

Extiende entonces Moisés su vara y las aguas se partieron por mitad, así como al paso del príncipe se dividen en dos bandos las apiñadas muchedumbres; y el caudillo de aquel pueblo incontable pasa con todo él á pie enjuto por entre dos montes de agua.

Los hijos de Israel, que se vieron en la otra orilla y contemplaron sumergirse como plomo los carros y caballos de Faraón que les seguían, levantaron á una sus brazos al cielo diciendo:

—Bendigamos al Señor, que acaba de manifestar su gran poder.

Este acontecimiento admirable no es más que figura, sombra débil de los nobles y hazanosos hechos que nos recuerda estos días la Iglesia católica: un pequeño reflejo de aquel singularísimo combate de la vida con la Muerte; de los príncipes y poderes de la tierra con Jesucristo Señor nuestro; y habiendo sido los enemigos de él vencidos, y Cristo triunfador en el mar de su propia sangre, justo es que también bendigamos al Señor que hizo otra vez ostentación de su poder.

(5) No en el 753 que corresponde al 1.º de la era cristiana, que hasta hace poco se ha conocido ser el en que nació Jesucristo.

Y ¡por qué medios tan admirables! Hubo un día, el más grande de todos los siglos, en que vióse hender los aires sobre un monte, un madero infame, suplicio de esclavos, la maldiciada Cruz... pero en sus brazos pendía una víctima divina, el Inocente de los siglos.

Al sentir sobre sí tan dulce carga, como animada de infinitas energías, tendió hacia lo alto sus brazos y sintióse dueña de los cielos y señora de la tierra, y dominadora de los siglos y reina de los espacios. Allí, entre las agonías de Jesucristo, ante las convulsiones de la naturaleza testigo de la muerte del Hijo de Dios, comenzaron aquellos sublimes misterios de la Cruz, en virtud de los cuales todo en el correr de los tiempos había de ser atraído á los pies de Cristo para rendirle vasallaje. Desde entonces, aquella Cruz Santa, llevada por hombres humildes, derribó los templos y altares de las falsas divinidades y cruzó las cinco partes del mundo haciendo en ellas florecer la verdadera civilización, y ha brillado sobre la corona de los emperadores y ha coronado los palacios de los

reyes y sentido sobre sí la mano de cien valientes que juraban lealtad á su bandera, y ha rematado, por decirlo en breve, todas las devociones, todas las grandezas, todas las majestades de la tierra.

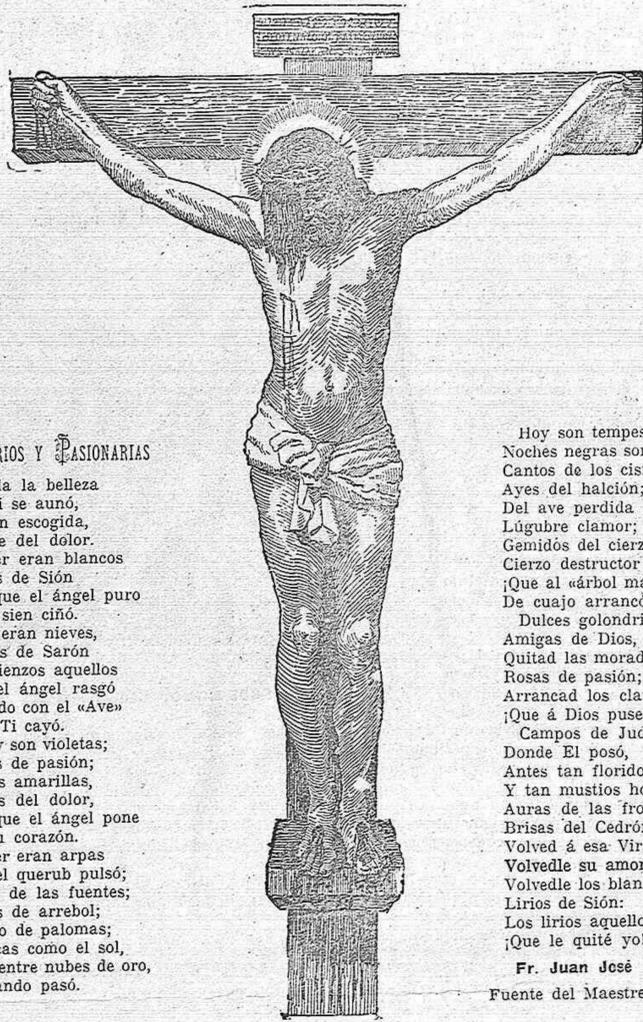
Desde aquella sublime lucha de Jesucristo con todos los poderes de la tierra, llevada á cabo en sus brazos, todos los hombres, familias, tribus y naciones han ido á ampararse de sus pies sagrados, y han sido gloriosos, magníficos, prosperados, cuando han vivido bajo su sombra augusta; y pobres, menguados y envilecidos, cuando se han sustraído á sus influencias bienhechoras.

Qué lo entendiera bien nuestra España y viviera nuevamente al amparo de la Santa Cruz, y, como en otro tiempo, no habría héroes como nuestros héroes, ni sabios como nuestros sabios, ni santos como nuestros santos, ni monarcas como nuestros monarcas.

JOSE PALUZIE,

Misionero del Corazón de María

Almendralejo.



JESUS CRUCIFICADO,
de Velázquez

LIRIOS Y PASIONARIAS

Toda la belleza
En Ti se aunó,
Virgen escogida,
Madre del dolor.
Ayer eran blancos
Lirios de Sión
Los que el ángel puro
A tu sien ciñó.
Ayer eran nieves,
Nieves de Sarón
Los lienzos aquellos
Que el ángel rasgó
Cuando con el «Ave»
Ante Ti cayó.
Hoy son violetas;
Rosas de pasión;
Flores amarillas,
Flores del dolor,
Las que el ángel pone
En tu corazón.
Ayer eran arpas
Que el querub pulsó;
Risas de las fuentes;
Cielos de arrebol;
Bando de palomas;
Blancas como el sol,
Que, entre nubes de oro,
Cantando pasó.

Hoy son tempestades;
Noches negras son;
Cantos de los cisnes,
Ayes del halcón;
Del ave perdida
Lúgubre clamor;
Gemidos del cierzo,
Cierzo destructor
¡Que al «árbol más verde»
De cuajo arrancó!...
Dulces golondrinas
Amigas de Dios,
Quitad las moradas
Rosas de pasión;
Arrancad los clavos
¡Que á Dios puse yo!...
Campos de Judea,
Donde El posó,
Antes tan floridos
Y tan mustios hoy;
Auras de las frondas,
Brisas del Cedrón,
Volved á esa Virgen,
Volvedle su amor;
Volvedle los blancos
Lirios de Sión:
Los lirios aquellos
¡Que le quité yo!...

Fr. Juan José Fernández

Fuente del Maestre, 28-3-1915

PADRE, PERDÓNALES...

No es á los reyes de la tierra que pasan como sombra, sin dejar en pos de sí ni rastros de su grandeza; no es al magnífico palacio donde tiene su morada el poderoso, adonde llamamos hoy en demanda de la bendita paz; es á Ti, Rey inmortal de los siglos, que tienes en tu mano la suerte de los pueblos, y, según tu voluntad, repartes los cetros y coronas; á Ti, Señor, que llevas en tu diestra la justicia, y en tu corazón abierto por la lanza el manantial inagotable de las misericordias.

Tú que extendiste en los aires tu mano omnipotente, y encadenó su furia el huracán; mandaste á las hirvientes olas que callaran y vinieron silenciosas á besar tus plantas, adornando las fimbrias de tu manto con el encaje de su blanca espuma; Tú que absolviste á la mujer adúltera y dijiste palabras de perdón á Magdalena, y alentaste con promesas celestiales la fe del buen ladrón, y extiendes las manos en la Cruz para estrechar al hombre en un abrazo de reconciliación eterna y dicha inalterable, sólo Tú puedes devolver á Europa la paz que despreció en su desvarío.

Es verdad que las naciones volvieron las espaldas á la Cruz y cerraron sus oídos á tus divinas enseñanzas: Francia te arrojó impía de su suelo y descargó sobre tus miembros el azote de la persecución más violenta; y, á orillas del brumoso Tamesis, recuerda la Bretaña con orgullo el nombre de su Isabel; y Bélgica abrió delante de tus templos, escuelas de socialismo; y vive Alemania demasiado entregada á sus industrias; y Rusia lleva dividida el alma por el Cisma; y, en la Sublime Puerta, se erguía triunfadora la media luna del Islám.

Pero las dejaste un día á merced de sus pasiones; la ambición sembró entre ellas la discordia, y, pálidas de ira, blandieron sus espadas, sonó el clarín de guerra, y en el cielo de la infeliz Europa se ha dibujado inmenso y pavoroso el fantasma de la muerte.

Vedlas, Señor, ahora, desgarrarse las entrañas en lucha fratricida, como leonas azuzadas por el hambre; llora ésta la pérdida independencia sobre las ruinas humeantes de sus populosas urbes devastadas; siente aquella el supremo enervamiento de una vida que se escapa á borbotones por las abiertas venas; la más fuerte deja caer la espada de la mano, rendida de fatiga.

Abre, Señor, los ojos moribundos y tiende una mirada sobre Europa: ¡sin cultivo los campos dorados otros años por lá mies madura, tus sagradas iglesias profanadas, vidas en flor tronchadas á millares, cadáveres insepultos que llenan el ambiente de gérmenes nocivos, luto, desolación, miseria en todas partes!...

Piedad, Señor, para las viudas y los niños á quienes la guerra deja en la orfandad y el abandono. Piedad para tantas madres que lloran á sus hijos, arrancados violentamente de sus brazos para ser sacrificados en aras de negros odios y mezquinas ambiciones.

Fué piadosa costumbre de reyes generosos y magnánimos, indultar el Viernes Santo algunos reos condenados por la justicia humana al último suplicio; grandes son los crímenes de Europa, innumerables los pecados que manchan su conciencia, pero tu misericordia es infinita, y puedes y quieres perdonarla.

Deja escapar de tus reales labios una sola palabra de perdón y envainarán los hombres sus espadas; brillará un rayo de luz y de esperanza enjugando el llanto en las mejillas; otra vez romperá el arado la corteza de la tierra, y sobre tus altares, entonando cánticos de júbilo, inmolarán tus sacerdotes la Hostia de la paz.

¡Señor: perdona á Europa!

ARTEMIS

Badajoz.

Si siguiendo la costumbre de toda la Prensa católica, no se publicará mañana este diario, en atención á la solemnidad del día.

Nada más anómalo, ni más injusto, ni más arbitrario en la historia de procedimientos judiciales, antes y después de Cristo, que el seguido para juzgar á este Dios-Hombre, que si algún delito perpetrara, fué, en un exceso de amor, ofrecerse cual víctima expiatoria á su Eterno Padre para satisfacer por la culpa primera del Hombre, con la más adecuada y completa de todas las satisfacciones, que es la condigna y superabundante.

Ni el cielo vió jamás, ni hubo lugar en la tierra un fallo semejante al dado por los Jueces del Supremo Tribunal de Israel para sentenciar al que siendo la Justicia misma, era á la par el dechado de la inocencia.

Bien claramente lo expresa el Gobernador Romano cuando en presencia del populacho que embriagado de furor pide la muerte de Jesús: *crucifigale, crucifigale*, Joan. XIX, 6; tras un hábil interrogatorio y excogitado el modo de calmar á aquella chusma que no cesaba de gritar, *que su sangre cayese sobre ellos y sobre sus hijos*, dijo solemnemente: *yo no hallo delito alguno en él; si tanto interés tenéis vosotros en condenarle, tomadle y juzgadle según vuestras leyes*, Joan. XVIII, 31.

Para explicar clara y congruentemente las indicaciones hechas en la introducción de este trabajo, se hace necesario realizar un exiguo análisis del proceso de Jesús. Sea, pues, del modo siguiente:

Porque ningún papel oficial tenía que desempeñar Hanán, como le llama el historiador judío, Flavio Josefo, ó Anás, como le dicen los Evangelistas, en el proceso de Jesús, la primera presentación de éste ante aquél, es la primera arbitrariedad, la injusticia primera, la primera anomalía que se registra en esta causa. Y no importa que merced á los cargos elevados que había desempeñado en Israel, y á sus tretas, y á sus maldades, llegara á ser lo que ahora llaman *el cacique supremo*, y en todos los asuntos lo mismo prósperos que adversos se necesitará su *Visto*. Es injusto con la más grande de las injusticias que la bondad por esencia se ve obligada á aparecer ante la maldad personificada, precisamente, con el papel de reo.

No se le ocultó esto al veterano Ex-Sumo Pontífice de Israel, quien inmediatamente remite á Cristo ante Caifás para que éste le juzgue conforme al modo que conceptúe más acertado y mejor. Astuto y sabedor de cómo se las gasta su yerno, prevee que no saldrá mejor parado de las manos de éste que hubiera salido de las suyas si él le hubiera sentenciado.

Y con efecto, no se engañó en sus sentires. Caifás por sí y ante sí, privadamente, y en contrariedad manifiesta con la ley, somete á Jesús á un interrogatorio habilísimo, y si de él sólo consigue sacar como prueba para aportar al proceso, la inocencia del reo, no es porque al entablarlo no tuviera ya pensado el condenarle.

Estaba dispuesto que *uno muriese por el pueblo*, y morirá Cristo: Caifás así lo quiere.

Por eso se apresura á convocar contra todas las prescripciones y formalidades judaicas, en las lobrequeces de la noche, y en su misma casa, á algunos de los Magistrados del Sanhedrin, ni los suficientes siquiera para los procesos extraordinarios—no tuvo tiempo para ello—y este fué lo que pudiéramos llamar consejo preparatorio, un *consejo de contrabando*.

Mas como todo lo tratado en él adolecía de legalidad, con el pernicioso intento de dársela, si quiera aparentemente; *venida la mañana todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús para hacerle morir*, Mat. XXVII, 1.

Pero cuando todo estaba ya dispuesto, cuando los jueces hablados de antemano—lo mismo que si se tratara de un juicio por jurados—anhelaban impacientes el momento de condenar á Jesús, se encuentran con que no hay testigos que depongan contra él, ni delito que pueda echársele en cara; su vida toda es la vida del inocente y del Justo.

Los príncipes de los sacerdotes, con todo el concilio andaban buscando contra Jesús algún testimonio y no le encuentran, Marc. XV, 55.

Pero como nunca faltan á los poderosos quienes á cambio de una merced infame, les vendan lisonjas y gracias, y hasta les empeñen su palabra, no faltarán tampoco en esta causa testigos que depongan falsamente contra Jesús. *Aparecieron, por fin, algunos, que alegaban contra él este falso testimonio. Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo hecho de manos de los hombres, y en tres días fabricaré otro sin obra de mano alguna. Pero tampoco en este testimonio estaban acordes*, Marc. XIV, 58.

Comprendiendo el Sumo Sacerdote Caifás que de seguir esta orientación el proceso se exponía á un fracaso, pues no encontraba pruebas para condenar á Jesús, se levanta en medio del Sanhedrin y le dirige esta pregunta: *Dinos si tú eres el Cristo ó Mesías, el hijo de Dios bendito*, Marc. XIV, 61.

Porque no se le ocultaba la respuesta, en su afán malicioso de poder basarse en algo legal, al menos en apariencia, para condenarle de blasfemo, pues que de tal estaba conceptuado en la ley el que se le atribuyese el don de la divinidad, le preguntó si era Hijo de Dios. Y al responder Jesús que lo era, lleno interiormente de satisfacción por creer que había encontrado causa suficiente para condenarle, escandalizado exteriormente, como todos los hipócritas cuando les conviene, rasga sus vestiduras contra lo que disponía la ley de Moyses, *Lev. XXI, 10, y dirigiéndose á los demás jueces, les dice: vosotros habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece? Y todos le condenaron á reo de muerte*, Marc. XIV, 64.

Es verdad que en las causas de pena de muerte, según el derecho criminal judaico, había de empujarse por presuoner la inocencia del reo y no su culpabilidad; lo es también que no bastaba su confesión, sino que exigía que se probase el delito por otros argumentos y razones; pero cuando se trata de un proceso como el de Jesús, en que las pasiones sustituyen á las leyes y el populacho se impone á la autoridad, todo es justo, todo legal, ó si no lo es, se procede como si lo fuese.

Y si esto hacían los israelitas, tan amantes de su Dios y de su ley, ¿qué no harán los que, si en Dios creen, viven como si no creyesen, y no se preocupan de la ley más que cuando les conviene?

Bien porque al ser conquistada la Judea por los romanos estos se reservaron en sus dominios el derecho de pena capital, bien porque á los sanhedritas les conviniese hacer la causa de Jesús de la competencia del gobernador romano, es el hecho que del Tribunal Supremo de Israel, pasó á la jurisdicción de Poncio Pilato: *todo el consejo ó sanhedrin ataron á Jesús y le condujeron y entregaron á Pilato*, Marc. XV, 1.

Este, conocedor del proceso judicial romano, ¡9